

Presencia del padre Antonio Vieyra, S.J. en la historia novohispana

Ramón Kuri Camacho
Facultad de Humanidades
Universidad Autónoma de Zacatecas

I

En 1747, el doctor Andrés de Arze y Miranda, colegial real de oposición en sagrada teología del real y más antiguo Colegio de San Ildefonso de México, abogado de la Real Audiencia, cura beneficiario de su majestad de la parroquia de Santa Cruz de la Puebla de los Ángeles y examinador y sinodal de su obispo, expresaba: “Vanidad de vanidades, pura vanidad, o lo que es lo mismo, novedad de novedades, pura novedad. ¿Cómo pasar por alto la enseñanza de los escolásticos, que Bartolomé Medina recrea y el Tulio de la oratoria sagrada —el padre Antonio Vieyra de la Sagrada Religión de Jesús— recuerda, de que *una novedad deber ir acompañada de la conciencia de su falsedad*”¹

Esta última expresión es importantísima. Lo que el doctor de Arze y Miranda expresaba con su interrogación, no era otra cosa que recordar la enorme significación que el pensamiento conjetural había tenido en los fines de la Edad Media. Nos referimos aquí a la manera en que los escolásticos evitaron el compromiso final de la *certidumbre objetiva* (ciencia) y la *certeza subjetiva* (con-ciencia) y que fueron estos dos modos de concebir la experiencia: el ficcionalismo y el probabilismo. El modelo

1. *Sermones varios del doctor Andrés de Arze y Miranda...*, Biblioteca Elías Amador y también en el inventario fondo jesuita, legajo 138, biblioteca La Fragua, Universidad Autónoma de Puebla.

ficcionalista afirmaba que una hipótesis científica debía ir siempre acompañada de la conciencia de su falsedad, que era lo que de Arze y Miranda recordaba. El probabilismo prohibía afirmar una certidumbre mayor que la permitida por el tema pero, al hacerlo, liberaba opiniones probables cuando la certeza era imposible. Con ello, los escolásticos, sensibles al papel de la incertidumbre y la conjetura, no se sentían obligados a demostrar una certidumbre final y total, a dejar desnuda la realidad misma. Al obligarnos a recordar esto, de Arze y Miranda manifestaba el remoto eco de una escolástica tomista y occamista que había pluralizado la indagación y que había hecho proposiciones “novedosas” (igual que en este siglo de Arze y Miranda) que podían sostenerse con sólo relegarlas al ámbito de las hipótesis.

Curiosa “coincidencia” la de Arze y Miranda y escolásticos con la ciencia moderna. O más bien al revés: curiosa “coincidencia” la de los métodos científicos del siglo XX con los métodos escolásticos medievales. Porque v. gr., la física de la incertidumbre de Heisenberg (acompañado de Born y otros), al introducir su hipótesis del indeterminismo físico, no sólo rompe el frío fatalismo “objetivo” e introduce un cierto humanismo que deja abiertas las puertas a la libertad y a un acontecer más lleno de sorpresas, sino que al hacerlo se distancia de quienes buscaron arrancar la Palabra directamente del libro de la naturaleza como fuente de evidencia unívoca para lo que era problemático en el brumoso reino de la interpretación bíblica.² Lo que los impacientes filósofos, científicos y reformadores hicieron, fue reaccionar no contra el primitivismo teológico o el oscurantismo de la época precedente, sino contra el espíritu inconcluyente y pluralista en que se mantenía a los fenómenos observados. El ficcionalismo sirvió a matemáticos, físicos y filósofos de orientación matemática, mientras que al probabilismo se adhirieron teólogos, filósofos especulativos, lógicos y moralistas. Así, Kepler y Copérnico fueron grandes adversarios del ficcionalismo; Descartes y Pascal del probabilismo, y Galileo de ambos.

2. W. Heisenberg, Prólogo, *Diálogos sobre la física atómica*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1988.

PRESENCIA DE ANTONIO VIEYRA EN LA HISTORIA NOVOHISPANA

En forma análoga, Lutero, Melanchton, Calvino y demás reformadores religiosos atacaron el probabilismo y la casuística movidos por la determinación de elevar la conciencia de una fuente aproximada de justa razón a modos de acceso directo a normas universales de mayor generalidad: certidumbre de la conciencia. Ése era el problema.

Lo que de Arze y Miranda recuerda (en momentos en que las certezas graníticas cobran fuerza también en Nueva España) es que toda afirmación de conocimientos demostrable (de certidumbres totales) en los reinos físico y moral, lleva a graves problemas, citando para ello hasta en cuatro ocasiones tanto a Vieyra como al dominico Bartolomé Medina. El problema crítico era, por tanto, la racionalidad de los pioneros religiosos y científicos que habían aparecido dentro de áreas culturales católicas y a los que la Compañía de Jesús enfrentaba, entre ellos como orador eximio, Antonio Vieyra y antes, como filósofo, Francisco Suárez. El doctor de Arze y Miranda cita también a Medina, el dominico que en 1577 había dado a conocer su tesis del *minus probabilismus* que sistematizaba y ampliaba el alcance del probabilismo medieval. La nueva proposición era que un agente moral era suficientemente prudente si, al comparar opciones, actuaba siguiendo la menos probable antes que la más probable. Ésta era una tesis altamente “revolucionaria” que pronto fue abandonada por los dominicos, que la dejaron para que los jesuitas la elaboraran con sutileza y osadía dialéctica. En toda la Europa católica el problema suscitó apasionados conflictos entre las órdenes, entre la Iglesia y el Estado y su eco se dejó escuchar en la Nueva España. Situación grave por la que el *minus probabilismus* fue aceptado solamente para asuntos especulativos y morales pero no para asuntos de fe y costumbres. El *minus probabilismus* al ser utilizado osadamente por la Compañía de Jesús para interpretar su obra y actividades, no sólo le servirá de instrumento “modernizador” frente a las recias certezas de la ciencia y la conciencia (paradójicamente “este” probabilismo medieval será el modelo modernizador jesuítico), no sólo justificará el uso de la influencia y el dinero, sino que también le servirá para aconsejar el incumplimiento de las leyes del Estado absoluto y el enfrentamiento (muchas veces) con otros sectores de la Iglesia como lo podemos ver en Nueva España en sus pugnas con Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Puebla.³

3. Sobre algunos de estos puntos, se puede ver el *Inventario fondo jesuita* que la biblioteca La Fragua de la Universidad Autónoma de Puebla, contiene.

Descubrir la “novedad” acompañada de la conciencia de su falsedad, expresar un tema con su opuesto, comparar alternativas buscando la opción menos probable, no son entonces simples juegos de retruécanos en el padre Vieyra (y jesuitas en general), sino que extendiéndolos y sistematizándolos en sermones, educación, misiones, preservaban aquel modo formal-objetivo de razonamiento medieval que España y la Nueva España salvaguardarán.

Tiempos agitados e inseguros los del siglo que le toca vivir, Vieyra busca en el hombre interior la salvación y la felicidad que no le pueden dar ya las circunstancias externas de la vida inficionadas con los sueños de *certidumbres totales físicas y morales*, que son seguidas, en ritmo creciente, por una estela de ruinas. Sermones que recogen sutilmente lo arriba dicho, que se desmigajan progresivamente ofreciendo una guía espiritual al alma y penetrando por ello en anchos sectores del pueblo católico europeo y novohispano.

El venerable Padre Antonio de Vieyra, de la siempre esclarecida y Apostólica Religión de la Compañía de Jesús, uno de los hombres más eminentes, que en el siglo pasado florecieron en los reynos de Portugal, de ingenio monstruoso, de erudición incomparable, de singularísimos talentos para todo género de estudios, ejemplar de religiosos perfectos [...], luz de teólogos y norma inimitable de predicadores [...]

Ingenio monstruoso, luz de teólogos: palabras viejas y grandilocuentes. Sólo las empleo para hacer resaltar la admiración y emoción que el solo nombre del padre Vieyra suscitaba a fines del siglo XVII y principios del XVIII, no sólo en los dominios portugueses sino también en los españoles. Predicador insigne, maestro de la prosa barroca y de espíritu esclarecido, influyó en amplios sectores jesuitas y en la misma Nueva España.⁵

4. Antonio Vieyra, S.J., *Sermones de dominicas, ferias y seis del mandato*, tomo 1, prólogo. Obras completas adquiridas en el Colegio Máximo; pertenecieron a “esta librería del Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas”. Edición Barcelona, en la imprenta de Martín María vda., administrada por Mauro Martín, librero, biblioteca Elías Amador.
5. Antonio Vieyra nació el 6 de febrero de 1608 y murió el 16 de mayo de 1699.

PRESENCIA DE ANTONIO VIEYRA EN LA HISTORIA NOVOHISPANA

Admirado en México y España, dicha admiración no deja de ser reflejo del predominio de la Compañía de Jesús. Y si bien sus textos sólo son realmente pertinentes si son para nosotros un punto de arranque del pensamiento y no el objeto de un comentario o de una interpretación, no por ello dejaremos de hacerlo, sobre todo cuando su obra adquiere plena vigencia en la Nueva España mediante la apropiación personal e institucional que de ella hacen los jesuitas mexicanos.⁶ El afán renovador de los sermones de Vieyra, la información, argumentación ágil y profunda de una temática amplia, permitió una influencia cada vez más grande de la compañía en el ambiente político-intelectual de la colonia.

Y es que pocos temas habrá de tamaño importancia para un conocimiento verdadero de la antigua Zacatecas y México en general, que el de proponerse estudiar la piedad individual y el culto público, las devociones, prácticas piadosas y la “vida religiosa” en general. Pocos temas habrá de los que desconfíen tanto los investigadores de todo tipo y de todas las tendencias. ¿Acaso no importa saber cuál era la actitud frente a la religión, frente a la muerte, no sólo de la gente piadosa, sino de los posibles disidentes, de los libertinos, bohemios e inútiles, o del hatajo de originales, pícaros, desesperados y marginados como los mendigos pintorescos de las pinturas contemporáneas? ¿No es asombroso que ningún miembro del clero zacatecano —los que mejor podrían estudiar la “vida religiosa”— o de determinado investigador, no haya consagrado su tiempo a estudiar los sermones, devocionarios y veamos reducido nuestro horizonte de conocimientos? Las cuestiones anteriores son las que nos impulsan, no a detenernos (por ahora) en semejante investigación, sino en las posibles significaciones creadas por los sermones de Vieyra y la voluntad religiosa de crear nuevas significaciones y de lo cual no escapó, naturalmente, Zacatecas.

6. Son innumerables los textos de sermones, oraciones, “instituciones” en los que la influencia de Vieyra es manifiesta: *Afectos y consideraciones*, del padre Francisco de Salazar S.J.; *Fasti*, del padre Joseph de Jesús María; *Societatis Jesu*, de Paynaud; *Elogios de algunos hermanos jesuitas* del padre Juan Antonio de Oviedo, S.J.; *Sermones* del padre Miguel del Castillo, son algunos de entre ellos. Y no son sólo jesuitas: miembros del clero regular y secular —especialmente franciscanos— manifestaban fervor por los sermones del jesuita.

De hecho, la biblioteca Elías Amador, la biblioteca de catedral, del obispado, del señor Sescosse etc., son testimonios de lo anterior. La obra de Vieyra adquirida en el Colegio Máximo de la ciudad de México, perteneció a la librería del Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, y hoy descansa en la biblioteca Elías Amador, “Todos sus sermones y obras diferentes que de su original portugués” se tradujeron al castellano, nos transportan a un hermoso viaje, a través de las profundidades del espíritu y corazón de los hombres, no sólo de los grandes hombres, sino especialmente de aquéllos de finales del siglo XVII en México y Zacatecas. Porque, ¡Cuántas anotaciones a pie de página hechas—seguramente— por sacerdotes, que traducen erudición, emoción, sensibilidad frente a las ideas y sentimientos de Vieyra!

Cinco gruesos libros contienen la vida del autor, con más de doscientos sermones y notables cartas escritas entre 1640 y 1687. La muerte, el dolor, el sufrimiento, el mal, la tristeza, la caridad, el bautizo, las “finezas” de Cristo, las tentaciones, la eucarestía, la redención, el pecado, el poder, son temas que se articulan una y otra vez. Insistiendo por su cuenta en las teorías suaristas sobre el Estado, sobre los orígenes bíblicos y judíos de la filosofía griega (ecos del pensar de Filón y Maimónides: Moisés, maestro de Sócrates, de Platón y Aristóteles), Vieyra les imprime el sello de la búsqueda de profunda transformación, de un nuevo catolicismo después de la tormenta de la Reforma. No se contenta, en efecto, con mencionar esas tesis histórico-filosóficas en algunos pasajes del cuarto sermón del mandato. Las ratifica, incorporando la disciplina filosófica bíblica en su primer sermón de “la palabra de Dios, empeñada, desempeñada y defendida: la historia de lo futuro”.⁷ Pero, a guisa de introducción a la inmensa exposición sistemática de sus sermones, el recuerdo de las nociones fundamentales de metafísica, cosmología, ética, antropología, entran de lleno en Vieyra por la apropiación filosófica de su teología. Lo que la filosofía le sugiere, él lo codifica. Pero a esta codificación se añade un diálogo entre la filosofía, la Biblia y la teología, y preciso es que ésta hable un lenguaje claro, ornamentado, expresivo y hermoso. Así, el

7. A. Vieyra, *Sermones*, tomo 4.

PRESENCIA DE ANTONIO VIEYRA EN LA HISTORIA NOVOHISPANA

primer libro que contiene todos los sermones de dominicas y ferias, y seis del mandato, descubre el movimiento característico del pensamiento de Vieyra y ahí se marcan los límites del acuerdo entre Aristóteles, Biblia, Padres de la Iglesia, Duns Scoto y santo Tomás. La Biblia, las letras, la filosofía y la teología están engranadas, derivan de las mismas raíces, tienden hacia la cima. Pero en esta marcha común, la filosofía juega el papel del camino mientras que la teología dirige al hombre que avanza sobre él. La filosofía, la historia, son caminos, sutiles y pedregosos, pero para recorrerlos no hay otro medio que la vida devota, la ascesis, las prácticas en verdad cristianas. Esta interrelación de las letras, la filosofía y teología, gracias a la cual puede ser alcanzado constantemente el fin, pero que no puede serlo más que mediante la enseñanza y la gracia de Jesús, está patente en las premisas del método de Vieyra, en las articulaciones de sus sermones y, en fin, en la significación última de su doctrina, “de suma erudición e ingenio, ciertamente mayor que el mundo”.⁸

Algunos sermones ofrecen, efectivamente, notables ejemplos del afloramiento del pensamiento cristiano a las diversas categorías de la filosofía. Se expresan intuiciones cosmológicas, éticas, metafísicas, la oposición entre el universo natural y el universo moral de la conciencia humana se pone vivamente de relieve en su segundo sermón del mandato: la ética se afirma frente a la naturaleza, o más bien, frente al naturalismo que viene desde el Renacimiento, recubriendo el dominio propio del hombre, articulándose severamente según principios normativos, entre los cuales el más fundamental es el de la elección, que presupone la libertad. Es cierto que a menudo sus sermones están teñidos de lamentaciones. Lamentaciones que son las de los hombres de los siglos XVI y XVII y que constituyen, a decir verdad, una literatura que hay que leer *cum grano salis*, separando lo permanente de lo accidental. Evidentemente, el mal de la Iglesia no era “personal”, sino institucional. De ello se daba perfecta cuenta el padre Vieyra. Pues esos excesos, esas miserias que los hombres de su tiempo denuncian como lo hicieron sus padres y abuelos con tradicional energía, eran engendrados y luego mantenidos por un sistema

8. *Ibidem*, prólogo, tomo 1.

de beneficios que él condena bajo la lectura de las Sagradas Escrituras, de los Padres de la Iglesia y de las decisiones de los concilios que revelan el origen de los abusos, el primitivo carácter de la fe, de la vida cristiana e iglesia apostólica. Vieyra (misionero, teólogo, predicador), sabe mejor que nadie el catálogo de reproches contra la Iglesia que viene desde antes de la Reforma y las cosas no debían seguir por sus cauces habituales: había que engendrarse un auténtico movimiento de renovación religiosa y nadie mejor que la Compañía. Así, en este muro de lamentaciones aborda el problema metafísico de la definición del hombre: ¿es vanidad pura vanidad, un átomo una mota de polvo, es realidad caída dañada esencialmente y está en peligro de aplastarse a sí mismo o bien se trasciende por su poder ético? Estas cuestiones planteadas en los sermones de Cristo y María Santísima, son origen de otra serie, cuyo eco recogemos en los seis sermones del mandato y en algunos sermones ascéticos y panegíricos. El hombre, ¿se reduce exclusivamente al acto ético, contribuyendo así a intensificar el valor del hombre, o bien, es diferente del acto ético, como una tercera fuerza, por la que el hombre corre constantemente el peligro de ser seducido y arrastrado hacia el sufrimiento y la desdicha? Así se pone de relieve la felicidad y la desgracia de la conciencia humana que sólo con la gracia puede cobrar sentido.

Si es tan astuto el demonio, que hasta de nuestros remedios hace tentaciones, ¿por qué nosotros no seremos tan prudentes, que hasta de sus tentaciones hagamos remedio? [...] Si el demonio tienta con las piedras, ¿que hará con condiciones menos duras? Si tienta con el desierto, ¿qué será con el poblado y con la corte? Si tienta con el ayuno, ¿qué será con el regalo? Si tienta con la obra de misericordia ¿qué será con la injusticia? Si tienta con la omnipotencia ¿qué será con la flaqueza? Y si hasta con la Divinidad tienta, con la humanidad y con la inhumanidad, ¿qué será? [...] Si el demonio tienta con la Ciudad Santa, ¿qué será con la ciudad escandalosa? Si tienta con el templo de Dios, ¿qué será con la casa de los ídolos? Si tienta con las Sagradas Escrituras, ¿qué será con los libros profanos? Si tienta con los mandamientos de Dios; ¿qué será con las leyes del mundo? Si tienta, finalmente, con el bajar, ¿qué será con el subir? Veis aquí cómo

PRESENCIA DE ANTONIO VIEYRA EN LA HISTORIA NOVOHISPANA

el demonio de los remedios hace tentaciones. Pero, ¿cómo será posible que nosotros de las tentaciones hagamos remedios? ¿Qué cosa son las tentaciones, sino piedras y precipicios? Piedras en que tropezamos y precipicios por donde nos despeñamos.[...] Pero demos ya una vuelta a la balanza. Vimos cuánto pesa el mundo, veamos cuánto pesa un alma. En este peso entramos todos. El peso del mundo no pertenece a todos, porque muchos tienen poco mundo; el peso del alma, ninguno hay a quien no pertenezca, el rey, el vasallo, el grande, el pequeño, el rico, el pobre, todos tienen alma [...]⁹

El sermón primero de la tercera dominica de adviento insiste en la nota antropológica, le sirve de pretexto para ajustar cuentas con los gramáticos iniciando con Juan cap. I: *¿Tu quis es? ¿Quid dicis de te ipso?*, terminando en dos conclusiones: una política y otra espiritual.

Mucho tiempo ha que tengo dos escándalos contra nuestra gramática en los vocablos del Nobiliario. La hidalguía llámase calidad, y llámase sangre. La calidad es uno de los diez predicamentos a que redujeron todas las cosas los filósofos; la sangre es uno de los cuatro humores de que se compone el temperamento humano. Digo, pues, que la que se llama hidalguía, no es solamente calidad, ni solamente sangre; mas es todos los diez predicamentos, y de todos los cuatro humores. Hay hidalguía, que es sangre, y por ello hay tantos sangrientos; hay hidalguía que es cólera, y por eso hay tantos mal sufridos e insufribles; hay hidalguía que es melancolía, y por eso hay tantos mal contentos; y hay hidalguía que es flema, y por eso hay tantos que son para tan poco. De manera, que los que adolecen de hidalguía, no sólo tienen la enfermedad de la sangre, sino en todos los cuatro humores. Lo mismo pasa en los diez predicamentos: hay hidalguía que es substancia, porque algunos no tienen más sustancia que su hidalguía; hay hidalguía que es calidad, porque muchos no se pueden negar, son muy calificados; hay hidalguía que es cantidad, son hidalgos, porque tienen mucho cebo; hay hidalguía que es relación, son hidalgos por ciertos respetos; hay hidalguías que es pasión, son apasionados de

9. *Ibidem*, Sermón tercero de la primera dominica de cuaresma, tomo 1.

hidalguía; hay hidalguía que es *ubi*, son hidalgos porque ocupan grandes lugares; hay hidalguía que es *sitio*, y de esta casta es la de los títulos, que están sentados y los otros en pie; hay hidalguía que es hábito, son hidalgos porque andan más bien vestidos; hay hidalguía que es duración, hidalgos por antigüedad. Y, ¿cuál de éstas es la verdadera hidalguía? Ninguna [...].¹⁰

Lenguaje deliberadamente estudiado, parsimonioso y de inopinandas inferencias (la estética de los imprevistos y sorpresas en imágenes que contribuyen a la persuasión), es parte constitutiva de su oratoria religiosa. Ética y antropología integralmente condicionadas en esta retórica sagrada (en el mejor sentido del término), retiene el valor absoluto del esfuerzo, la superioridad moral del hombre que sabe hacer frente a las tentaciones vía alta función de la ascesis y la significación de la gracia eficaz (ecos del molinismo contra el jansenismo). ¿Y ese extraordinario sermón del mandato, predicado el año 1650, que tanto se comentó en Nueva España y “tentó” a sor Juana Inés de la Cruz.

Sermón tercero del mandato

Esta pieza oratoria —en la que disputará con san Agustín, santo Tomás y san Juan Crisóstomo—, en esencia gira en torno a esta dificultad: ¿Cuál fue la mayor fineza de Cristo en las últimas horas de su vida? Éstos son los términos de la cuestión que se inicia con una cita de Juan 13: *et vos debetis alter alterius lavare pedes*. Supuesto que fue grande fineza de Cristo el morir por los hombres, dice el padre Vieyra, que no fue esta su mayor fineza. Y ello porque ausentándose Cristo de los hombres, anduvo más fino que muriendo por ellos: luego mayor fineza fue en Cristo ausentarse que morir. Pruébalo primeramente con la razón.

Jesús amó más a los hombres que a la vida, pues dió la vida por el amor de los hombres. El morir era dejar la vida, el ausentarse era dejar los hombres: luego mucho más hizo en ausentarse que en morir, porque

10. *Ibidem*, tomo 1.

PRESENCIA DE ANTONIO VIEYRA EN LA HISTORIA NOVOHISPANA

muriendo dejaba la vida que amaba menos, ausentándose dejaba los hombres que amaba más. Probado este parecer con la razón, pasa Vieyra a probarlo con el evangelista: *sciens quia venit hora eius ut transeat ex hoc mundo ad patrem*, Juan 13:1.

Advierte Vieyra que debiendo decir el evangelio que llegaba la hora de morir, dijo solamente que era la llegada de partir: no dijo otra cosa y nosotros podemos buscar en el evangelio lo mismo para cerciorarnos. En esencia, el estado de la cuestión estriba en saber en qué consiste más el amor: en dar o en padecer. No se trata de lo que Cristo podía hacer más por nosotros, sino de lo que podía dar. Ausentándose, hace más y da más que muriendo, porque muriendo da la vida que amaba menos, ausentándose deja los hombres que amaba más.

Las razones que nuestro autor va aduciendo están referidas, como vimos, al hecho fundamental que cuando llegó la hora de morir, simplemente dijo que había llegado la hora de partir: *ut transeat* a cuyo reparo dio por respuesta, que como el intento de Jesús había sido en toda su vida santísima el encarecer la fineza del amor, entendió que la encarecía más, diciendo que partía, no diciendo que moría; de modo que más fino se mostró el Verbo ausentándose que muriendo.

Que sea menos el dolor de la muerte que el de la ausencia y que Cristo sintiese más su ausencia que su muerte, lo prueba. Porque en la muerte entregó el alma con mucho sosiego. Pero en la ausencia que hizo en el huerto de los olivos apartándose de sus discípulos, fueron tales las demostraciones de sentimiento, que habiendo de decir el evangelista que se apartó para ponderar más el sentimiento, dijo que se arrancó. Porque aquellas agonías que Cristo había de sentir en la cruz cuando moría, las sintió en el huerto cuando se ausentaba. A la muerte como dolor más moderado, le dio el remedio tres días después, resucitado, y a la ausencia, como dolor excesivo, le dio el remedio un día antes, sacramentándose.

En esta misma diferencia, descubre nuestro autor mayores para abonar su pensamiento. Ausentándose Jesús una sola vez, así como una sola vez murió, es de reparar que resucitando una sola vez, se sacramenta infinitas veces. Mas así había de ser que como Cristo sentía menos la muerte que la ausencia, se contentó con remediar una muerte con una

RAMÓN KURI CAMACHO

vida. Pero como sentía más la ausencia que la muerte, no se contentó con remediar una ausencia sino con infinitas preferencias, coronando todo este discurso con el sacramento de la eucaristía, que justamente es sacramento y sacrificio.

Como sacramento es presencia, como sacrificio es muerte; de donde se infiere, que tantas veces muere Cristo en aquel sacrificio, cuantas se hace presente en aquel sacramento. Fineza verdaderamente excesiva, pues cada presencia que Jesús toma por el sacramento, le cuesta una muerte por el sacrificio, y quien compra una preferencia con la muerte, ya se ve que menos le cuesta morir que ausentarse.

A esta reflexión verdaderamente grande y de singularísimo ingenio, sigue algo más. El sacramento de la eucaristía no sólo es continua representación de la muerte, sino es continuo remedio de la ausencia. Mas entre la ausencia y la muerte hay una diferencia notable. La muerte por un solo instante pareció pequeño sacrificio al amor de Cristo y la ausencia por un instante sólo le pareció mucha ausencia, dándose ingenioso a trazar el medio, en que igualmente se viese satisfecho el deseo de la muerte y el remedio de la ausencia: la eucaristía que es juntamente muerte continua y presencia continua. Muerte continua para morir no sólo por un instante, sino por mucho tiempo. Presencia continua para no ausentarse, no sólo por mucho tiempo, mas ni aun por un instante. Luego la ausencia es mayor que la muerte.

II

A primera vista esta pieza sagrada tiene la apariencia de un juego puramente dialéctico-silogístico y juego de retruécanos que da pábulo para que sor Juana Inés de la Cruz dispute, defendiendo la proposición contraria: esto es, que la muerte fue fineza mayor que la ausencia. Sor Juana propone los términos de la cuestión en esta forma: las cosas de mayor precio y estimación en el concepto del hombre, son la vida y la honra: Cristo dio una y otra cosa con su muerte afrentosa, luego en cuanto hombre no tenía más que dar que la vida.

Esto era olvidar por parte de sor Juana que, por lo que concierne a la

PRESENCIA DE ANTONIO VIEYRA EN LA HISTORIA NOVOHISPANA

lógica, se puede estar impecablemente equivocado así como impecablemente en lo cierto. Así como ningún filósofo puede esperar que su colega filósofo saque del ser, por medio sólo de la lógica, más de lo que su filosofía pone en él, así también ningún teólogo puede esperar que otro teólogo extraiga de su teología —vía lógica— más de lo que su teología le permite. Pero la esgrima de sor Juana iba más allá de una pura controversia lógico-teológica: respondía a velados compromisos con el obispo de Puebla, don Manuel Fernández de Santa Cruz, adversario del arzobispo de México don Francisco Aguilar y Seijas, amigo de jesuitas y de Vieyra.¹¹ En todo caso, si Vieyra hubiera conocido la réplica de sor Juana, o tal vez hubiera urdido más sutileza teológicas, o la hubiese contestado con el sermón cuarto del mandato predicado en 1645 en donde repara que el principal intento del Evangelio fue mostrar la ciencia de Cristo, y el principal intento de Cristo fue mostrar la ignorancia de los hombres. Eso es, sólo Jesús amó finamente, porque amó sabiendo y sólo los hombres fueron finamente amados, porque fueron amados ignorando. Pero uniéndose y trocándose de tal suerte el *sciens* con el *nescis* y el *nescis* con el *sciens*, que estando la ignorancia de parte de los hombres y la ciencia de parte de Cristo, Cristo amó sabiendo, como si amara ignorando, y los hombres fueron amados ignorando, como si fueran amados sabiendo.

Pero pongámonos coto a nuestras ambiciones: es enorme la obra del jesuita como para dilucidarla en una reunión de esta naturaleza. Estos pasajes hasta ahora aducidos, únicamente son apuntes, representan aspectos reducidos de su literatura, que engloba textos que estrechan y desbordan hasta tal punto que a veces parece uno ahogarse dentro de ellos. En cualquier caso, lo sapiencial, lo profético, lo histórico, todo está íntimamente unido, y las afirmaciones filosóficas son constantemente reconocidas a sus fuentes religiosas: naturaleza, libertad, se reinstalan así en el marco de la revelación apareciendo no como intuiciones o conquistas de la inteligencia humana, sino como dones de Dios.

Sin embargo, percibir únicamente un autocratismo religioso equivaldría a desconocer su esencia. Sus sermones no se limitan a establecer unos

11. Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México, Seix Barral, 1982.

lazos entre lo divino y lo humano, sino que cuestiona esos lazos, los explica, impone unos límites, contradice. Al obligar a la historia, a la política, a la filosofía a alcanzar sus propios límites, se convierte en sus antítesis, en su impugnador, como si las empujase a formular las irremediables cuestiones que no quieren o no pueden plantearse a sí mismas.

III

Podemos considerar los sermones de Vieyra como una especie de guía para conocer el estado de ánimo común del hombre medio en Zacatecas y el país en general. Porque al investigador lo que le importa, no es sólo lo sutil, abstracto y grandioso sino ese estado de ánimo común de todas las épocas. Y cuando pueblo y sacerdotes se acomodan a ese estado espiritual, cuando Vieyra lo traduce en sus sermones, panegíricos y apologías, nos encontramos con una veta que no podemos dejar escapar. El orador sagrado se convierte así, para el investigador, en testigo precioso de ese estado de ánimo común, potencia pertinaz y constructiva de ciertos sentimientos, ciertas ideas, que reacciona más vivamente cuando espíritus avisados sienten la amenaza que pende sobre ellas.

Nuestro autor no deja de ser él mismo cuando inquieto, a veces perplejo ante la prodigiosa abundancia de hechos que venían por todas partes —descubrimientos científicos, geográficos, métodos nuevos, hechos nuevos, y más hechos nuevos que rompían los escrúpulos del siglo XVI— lo impulsan con gesto seguro y firme a renovarse y renovar al cristianismo. Tal vez no tenía cabal conciencia que el mundo estaba en otros tiempos. Sin exhibiciones espectaculares, sin gritos ni injurias, no se deja llevar por la corriente, reacciona a fuerza de sermones, en alegatos ciceronianos ingeniosos y, al hacerlo, no se aísla del espíritu de su tiempo. Sin duda está preocupado por la turbulencia de su época. Percibe a su manera, esa crisis de la conciencia europea después del vendaval de la Reforma. Contemporáneo de Spinoza, ve el “peligro spinozista”, pero no se detiene en denigrar su obra como lo hacen Thomasius, Graevius o el mismo Leibniz: mejor la ascesis corporal y la contemplación espiritual.¹²

12. A. Vieyra, *Sermón cuarto ascético María Rosa Mystica*, tomo 5.

PRESENCIA DE ANTONIO VIEYRA EN LA HISTORIA NOVOHISPANA

En tanto que hombre preocupado por las realidades, él es un hombre medio de su época que sabe que este mundo no se hizo al azar y que la justicia exige otra vida en la que el hombre responda de sus actos en la tierra. En tanto que misionero y predicador, él representa —como muchos otros— el estado de ánimo y sensibilidad de sus contemporáneos que sabe que no es posible una sociedad sin moral, ni es posible una moral sin Dios. Sus sermones aparecen —cada vez más, a medida que su vida se encamina a su fin— como un esfuerzo perseverante por negar la creciente racionalización de los principales dogmas de la religión y darle una expresión conforme —por encima de querellas y divisiones religiosas— a la inteligencia media de los fieles. Y si no consigue esto último, los sacerdotes que leen sus sermones se encargarán de hacerlo.¹³

Siempre transporta consigo una constante preocupación por reconfortar, tonificar al hombre de su época aunque sea con un cierto dejo de amargura y de ironía. Por ejemplo, frente al poder, no hay que replegarse sobre uno mismo, como enfermo que padece estoica y resignadamente.

El parto de los negocios son las resoluciones; y aquellos en cuyas manos nacen estos partos —o sea escribiendo en su Tribunal, o sea escribiendo al Príncipe— son los Ministros de la Pluma. Y es tal el poder y la sutileza de este oficio, que con un volver de mano y con un torcer la pluma, pueden dar vida y quitarla. [...] terrible cosa es que la buena o mala ventura de unos depende de las plumas de otros. Y mucho más terrible cosa es, si esta pluma por algún reflejo pudiera platearse o dorarse. [...] Yo no sé cómo no les tiemblan la mano o todos los Ministros de la pluma, y mucho más a aquéllos, que con una rodilla en tierra a los pies del Rey reciben sus Oráculos, los interpre-

13. Las innumerables notas a pie de página, subrayados y más subrayados, signos de admiración e interrogaciones, que encontramos en los libros, inevitablemente provocan en uno la necesidad de buscar indicios, de acercarse al fenómeno religioso a partir de esos apuntes y subrayados y, de “filtrar” las creencias desde dichos indicios. Ello no significa ajustar respuestas a un esquema preconcebido, sino el seguimiento a un estilo de saber en lo más hondo de nuestra condición natural. En esto, la obra de un Gilson, Kristeller, Maitland, Renaudet, Huizinga, Bloch, Garin, Kantorowicz o Berlin que saben que el hombre es definido precisamente por su posesión de una vida interior, propósitos e ideales y que han sabido reconstruir la imagen que los hombres tienen de sí mismos y de sus actividades, es de inestimable ayuda.

RAMÓN KURI CAMACHO

tan y extienden. Ellos son los que con un adverbio pueden limitar o ampliar las fortunas; ellos los que con una cifra pueden adelantar derechos y atrasar preferencias; ellos los que con un verbo pueden dar o quitar peso a la balanza de la justicia [...].¹⁴

Pero no hay razón, a pesar de todo, para caer en el pesimismo, esa raíz de la incredulidad. Dios tendrá en cuenta cada una de nuestras lágrimas, pues nuestro destino no termina aquí en el día de la muerte.

IV

Por eso, esto es, por su carácter “medio” y “masivo”, la oratoria sagrada del jesuita reviste una importancia mayúscula para el investigador. Dicho lo cual, ¿cómo se aclaran y cobran sentido las relaciones de una sociedad donde el sermón era pieza clave en la conducta cotidiana.¹⁵ ¿Cómo se aclaran las relaciones entre Vieyra, jesuitas, el arzobispo de México Aguiar y Seijas y sor Juana! ¿Qué mejor lucimiento para sor Juana que exhibir sus dotes silogísticas disputando con Vieyra quien nunca supo de ella, y que la colocarán públicamente en el banquillo de los réprobos. Los demás sacerdotes no dejan de estudiar ese rico pensamiento que les atrae y cuyo vigor y serenidad los alienta. Tanto más cuanto que los sermones del padre Pedro de Calatayud, Juan Bautista de Murcia, Bousset, Donne o Paravicino provocaban igual admiración. En Puebla es patente lo anterior cuando el padre Andrés de Oñate ilustra sus sermones con citas de Vieyra y Bousset.¹⁶ O el padre Andrés de Arze y Miranda, “Cura beneficiario de su majestad de la parroquia de Santa Cruz de la Puebla de los Ángeles”, hace lo mismo llamándole el Tulio de la oratoria sagrada.¹⁷

14. A. Vieyra, *Sermón primero del tercer domingo de cuaresma*, tomo 3.

15. Una vez más, los autores arriba citados son sus penetrantes habilidades lógicas y ricos almacenes de sapiencia asimilada que les permiten comprender desde “dentro” formas de vida diferentes de las propias, junto al “paradigma de las inferencias indiciales” de Jacques Le Goff y Carlos Ginzburg, pueden ayudarnos en la explicación de fenómenos históricos cotidianos, permanentes e “inesperados”.

16. Inventario del Fondo jesuita, legajo 135, Biblioteca J. M. La Fragua, Universidad Autónoma de Puebla.

PRESENCIA DE ANTONIO VIEYRA EN LA HISTORIA NOVOHISPANA

Aquí en Zacatecas, el padre Antonio de Oviejo, S.J. se empeña en pulverizar el pecado, con la ayuda de Vieyra, considerándose fiel discípulo.¹⁸

Por descontado que en este terreno las investigaciones son arduas. Pero sabemos que en el fondo de las ideas, por encima de su juego, están las profundas realidades de la creación espiritual.

Si sólo nos quedáramos con la vertiente barroca y estética de los sermones y prácticas piadosas atestiguados por incontables testimonios documentales, escritos o iconográficos con que cuenta esta ciudad de Zacatecas y el país en general, parecería desmesurado dedicarse a tamaña investigación; pero lo que queremos discernir —en el fondo de estas prácticas regulares revestidas de formalidades rituales muy precisas y que alcanzaron enorme popularidad—, son las múltiples implicaciones religiosas y políticas.

Al escoger, pues, estos temas, creemos encontrarnos ante un campo de aspectos muy variados del acontecer político y social de Nueva España y ver si somos capaces de reconstruir un fondo de ideas e instituciones que, me parece, todavía permanece en la oscuridad. Tal vez ese fondo está entre nosotros revestido de formas y manifestaciones nuevas. Nada más difícil, entonces, que el estudio de unos sentimientos que, por su propia naturaleza, se esconden a la curiosidad y de los cuales en otro tiempo sólo se escapaban unas manifestaciones de sinceridad más o menos discutible. Constatar por otra parte, que aún está por hacerse el inventario de los sermones, la piedad y de la devoción a finales de los siglos XVII y XVIII, no es exagerar nuestro esfuerzo.

17. Juan Antonio de Oviedo S. J., *Elogios de algunos hermanos jesuitas*. Biblioteca Elías Amador, Zacatecas.

18. *Sermones varios del doctor Andrés de Arze y Miranda...*, op. cit.